

tivado cuidadosamente el dón de la fé! Si estuvieses persuadido de estas verdades, ¿osarías aproximarte á Nuestro Señor sin contrición y sin respeto?

*Punto tercero.*— Considera la recompensa prometida á la fé cuando lleguemos á la contemplación de la luz increada. Será medida por los méritos que se adquirieron aquí abajo entre las tinieblas. No conviene á la misericordia de Dios, ni á su justicia, dice un Padre de la Iglesia, excluir de su reino á aquellos que tan estrechamente se unieron á él durante el destierro de la vida; mas es justo, que en el cielo, donde se manifiesta al descubierto su incomprendible grandeza, honre de una manera particular á aquellos que le han honrado bajo las especies del Sacramento.

De estas excelentes palabras saca estas consecuencias: primera, que el buen uso de la comunión es como una prenda cierta de la bienaventuranza; segunda, que aquellos que tienen una fé viva de la presencia de Jesucristo en el Sacramento de su amor, tienen una corona particular en el cielo; tercera, que esta corona es una visión más clara y más amorosa de su Humanidad. Porque, como la posesión de los santos reposa en su esperanza, y la alegría es la medida de sus buenos deseos, del mismo modo la clara visión corresponde al mérito de la fé. ¿Y en dónde la fé es más generosa hacia la humanidad de Jesucristo que en el Sacramento de su amor? Y es pues, creíble, que aquellos que la ejercen con mayor perfección, verán más claramente lo que más perfectamente creyeron, y que Jesús, habiendo sido de una manera extraordinaria el objeto de su fé; lo será también de su beatitud, y por la virtud de su soberana hermosura colmará su corazón de delicias.

## Jesús en el Sacramento

nos enseña á morir en nosotros mismos.

---

*PRIMER PRELUDIO.*— *Prosternado en espíritu delante del Santísimo Sacramento, representate á Jesucristo en su trono de amor, como Maestro celestial que te enseña, con su ejemplo, lo que debieras ser, y lo que no eres, es decir, un hombre perfecto y mortificado.*

*SEGUNDO PRELUDIO.*— *Pídele á Nuestro Señor una chispa de su amor, que renueve en tí, por conformidad con su muerte, el espíritu de mortificación, que es tan necesario para sacar fruto de la comunión.*

*Punto primero.*— Considera que el estado del Divino Salvador en el Sacramento es un estado figurativo de su muerte, por la cual salvó á todos los hombres.

Al mudar por un cambio admirable la sustancia del pan, en la propia sustancia suya, ha llevado consigo los méritos y los tesoros de la cruz, para comunicárnoslos cuando vayamos á visitarle ó recibirle en la Santa Comunión.

Si quieres que el espíritu de Jesucristo te llene de su virtud y que que continúe en tí el oficio de Salvador de las almas, que ha desempeñado al morir en la cruz, es necesario que entre en tu corazón y que destruya en él todo lo que hay de vicioso, y que haga, en cambio, florecer las obras de la gracia. ¿Por qué? Porque mientras te dejes guiar



por los movimientos de la naturaleza, no salvarás nunca á una sola alma. Porque la salvación es obra de Jesucristo, y Jesús no te llenará jamás de su divino espíritu si no haces morir en tí el amor propio. Cree que, mientras estés lleno de tí mismo, no estarás vacío para Dios: es necesario perder para poder ganar á Jesucristo, y encontrar en él tu perfección y la de otros muchos. Renueva el deseo eficaz y la voluntad firme de corregir tu vida hasta ahora tan humana y tan imperfecta.

*Punto segundo.*—Considera que Jesucristo está en el Santísimo Sacramento de tal manera, que una sustancia no puede vivir, tal como él vive, sino por milagro; pues se haya reducido á un estado de aniquilación y sacrificio. De donde se sigue que en virtud de este estado y bajo estos velos que le ocultan, no puede ejercer ninguna función de los sentidos, ni facultad alguna que dependa de órganos sino por una virtud superior á la naturaleza. Tal debe ser un hombre verdaderamente mortificado. Debe sobrenaturalizar el uso de su cuerpo y el de sus sentidos, sofocando ese espíritu terrestre que cuesta tanto trabajo hacer morir, y esforzándose en no ver, en no tratar con el prójimo, en no tomar reposo ni alimento, sino siguiendo las inspiraciones del espíritu de Jesús. Y así como la muerte se apodera del cuerpo y no le deja ninguna facultad vital, así es necesario que la mortificación, que es una extinción del amor propio, sea universal, y no deje nada que viva según la naturaleza.

Examina tu vida según esta regla: mírate en este espejo, y ve si solo Jesucristo es quien vive en tus pensamientos, en tus afectos y en cada una de

tus acciones. Puedes decir con San Pablo: *Vivit in me Christus?*

*Punto tercero.*—Considera que Jesús, que murió una sola vez en el Calvario, renueva todos los días un millón de veces su muerte sobre el altar. Por este motivo, Ruperto, llama á este misterio, fuerales de Jesucristo que la Iglesia celebra todos los días, y sin los cuales no podría subsistir.

---

### ORATIO

AB UNOQUOQUE SACERDOTE ADORATORE  
POST EXPLETAM ADORATIONIS HORAM PRO SE SUISQUE  
CONFRATRIBUS DE CONSILIO RESITANDA.

Domine Jesu Christe, qui secundum magnam misericordiam tuam nos de mundo elegisti, ut ministros tuos et dispensatores mysteriorum tuorum nos faceres; te deprecamur, ut nobis et omnibus sacerdotibus fidem et charitatem adaugeas erga mysterium fidei et donum tuæ charitatis, quod est Eucharistia.

Fac ut, semper cum corde puro, conscientia bona et fide non ficta, hec Sacrosanctum tractemus. Mysterium et cum fiducia ad thronum gratiæ tuæ accedamus.

Fac ut, qui jam non servi sed amici tui dicimur, verba quæ loqueris nobis, ad pedes tuos vel potius juxta Cor tuum audiamus; in primis ut adorationi intenti, spiritu amoreque tuo repleamur; deinde ministerio verbi et animarum salutis vacantes, omnia impendamus et superimpendamus ipsi pro gloria tua et honore nominis tui.



Fac ut, cor nostrum sit semper ubi thesaurus noster est; teque, qui nobis, esse debes omnia ut par est; æstimando, omnia alia bona præter te, arbitremur ut stercora.

Fac tandem, o bone Jesu, ut per Te, de Te, in Te vivendo, vita tua manifestetur in nobis et omnibus Confratribus nostris, et ut, charitate ferventes, ignem amoris tui, quem venisti mittere in terram et qui in Eucharistia semper ardet et nunquam extinguitur, in cordibus omnium accendamus: et sic semper et ubique et ab omnibus ametur, laudetur, glorificetur sanctissimum et divinissimum tui amoris Sacramentum. Amen.

Jesu dilectissime, qui ex singulari benevolentia me, præ millenis hominibus, ad tui sequelam eximiam sacerdotii dignitatem vocasti, largire, mihi, precor, opem tuam divinam ad officia mea rite obeunda. Oro Te, Domine Jesu, ut resuscites hodie et semper in me gratiam tuam, quæ fuit in me per impositionem manuum Episcopaliæ. O potentissime animarum Medice, sana me taliter, ne revolver in vitia, et cuncta peccata fugiam: tibi que usque ad mortem ita placere possim.—(Ind. 300 dierum, semel in die.—14 août 1884.)

Bone Jesu, rogo te per dilectionem, qua diligis Matrem tuam: et sicut vere Eam diligis et diligis vis, ita mihi, des ut vere Eam diligam.—(Ind. 100 dierum, semel in die.—14 août 1884.)

Los Ilmos. Sres. Obispos de Beauvais, Sééz, Liea y Guatemala, han concedido 40 días de indulgencia por la recitación de la anterior oración.

## Jesús en el Santísimo Sacramento

NOS ENSEÑA A VIVIR

### SEGUN EL ESPIRITU DEL EVANGELIO.

PRIMER PRELUDIO.—*Después de ponerte en la presencia de Nuestro Señor, y haberle adorado como á tu Maestro, en el trono de su amor, recuerda que tiene en él una vida divina, para enseñarte á vivir según su espíritu.*

SEGUNDO PRELUDIO.—*Pídele que, por medio de un rayo de su sabiduría y por medio de una fuerte impresión de su amor, te persuada que tu vida no debe ser otra que su propia vida, tal como siguió continuándose en los Apóstoles y en los hombres verdaderamente apostólicos, para formar con él un solo salvador de las almas.*

*Punto primero.*—Considera que la vida de Nuestro Señor Jesucristo es una vida interior, aunque se le exponga en público para vivir y tratar con los hombres; es una vida pura, aunque permanezca entre pecadores; es una vida noble, excelente, divina, aunque nada haya más simple en el exterior que las débiles especies que la cubren. Tal debe ser tu vida si vives del espíritu de Jesús. Debes descender á los hombres como el rayo del sol que permanece adherido siempre á su principio, debes estar unido á Dios, sacar toda tu fuerza de la comunicación con la Majestad divina, y ponerte en guardia, por medio del conocimiento de tu propia miseria, para no mancharte al querer levantar á



los otros; en fin, cree que no es el brillo exterior de los talentos naturales, el éxito, la reputación, las aprobaciones públicas las que te hacen grande delante de Dios; sino la vida interior de donde sacan toda su eficacia y virtud los talentos exteriores. No es esto decir que deben despreciarse, sino que deben unirse á la virtud interior para que produzcan grandes frutos; pues sin la sólida devoción, sin la unión á Jesucristo, sin la acción de su espíritu, sólo serán una engañosa apariencia capaz de perderte. Si San Pablo temía caer en la reprobación predicando y salvando á los otros, ¿qué no deberías temer tú, si abandonado de la gracia divina alimentas sentimientos imperfectos y desarreglados bajo un exterior irreprochable?

*Punto segundo.*—Considera que la vida de Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento es guiada por una sabiduría que raya en locura á los ojos de la carne, pero que arrebatada á los ángeles; animada en todos sus actos por el amor infinito que le tiene á su Padre celestial y por el que nos tiene á nosotros, sostenida por el ejercicio de las virtudes las más heroicas, que practica de una manera divina. He aquí el modelo de tu vida toda. El espíritu de sabiduría que saca el cristiano de la fuente de la Eucaristía, no tiene nada de esa habilidad humana, y de esa prudencia de la carne que tiene por objeto el honor, la alegría y la fortuna. Toma siempre sus luces del cielo y todo lo refiere á la gloria á y la voluntad de Dios; no gusta ni estima sino lo que se refiere á la santificación de su alma y á la salvación del prójimo. El amor que anima á este cristiano es un amor filial que nada tiene de temor, ni de respeto humano en el servicio de Dios, no encuentra nada de amar-

go ni de difícil; no tiene otros límites que el agrado de Dios, las órdenes de los superiores y las máximas del Evangelio. En fin, las virtudes que practica, son virtudes sólidas que no consisten en vanas especulaciones, sino que se dan á conocer por sus efectos. ¡Oh! qué de temer es, que encuentres en extremo dificultosa tu vida si la mides con estas reglas! ¡Qué frialdad en nuestro amor, qué vana apariencia en nuestras devociones, qué vacío en nuestras acciones! Adoramos á Jesucristo en la mañana como á nuestro Señor y á nuestro Maestro; y no arreglamos mejor nuestras acciones del día; le tomamos como á nuestro modelo, y seguimos un camino opuesto al suyo; le prometemos mejorarnos, y á la menor ocasión mostramos lo que somos; le rogamos que tome bajo su custodia nuestros sentidos, y no obedecemos sus inspiraciones; protestamos tenerle presente en nuestras conversaciones, y no dejan, por eso, de ser éstas menos inútiles y mundanas.

*Punto tercero.*—Considera que la vida de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento es una vida llena de prodigios. Pues, aunque en él se haya glorioso y gozando de todas las perfecciones de su grandeza real, está, sin embargo, en un estado de humillación que durará hasta el fin del mundo; aunque se halla impasible, ejerce larga é invencible paciencia; contenido en una sola hostia, se encuentra en todas las comarcas de la tierra; aunque inmortal, deja de estar en el Sacramento, y pierde la existencia milagrosa que tiene bajo las santas Especies, cuando éstas se corrompen; aunque reside en nuestros altares hace diez y nueve siglos, baja á ellos de nuevo todos los días, y se puede decir que cada hora renueva su vida sacramental en



alguna parte de la tierra. Tal es la vida de aquellos que obran movidos por el espíritu de Jesús. Saben ir á Dios por las afrentas y por las alabanzas; se amonadan en medio de las grandezas; se hacen superiores á los oprobios; trabajan con laboriosidad, sin perder el reposo de su espíritu, como si fuesen impasibles, no se enervan jamás; y todos los días se renuevan; en fin, se hacen morir á sí mismos, y conservan con perseverancia inviolable la fidelidad que le deben á su Dios.

¡Qué admirables son tales hombres! ¿De qué no son capaces para la gloria de Dios? Su vida es una obra maestra de la gracia; mas, ¿cuál es la tuya? El mundo te toma por un hombre de Dios. Llevas el hábito de los Santos y tienes las imperfecciones de los seglares. Se cree que buscas á las almas y no te buscas más que á tí mismo. Haces profesión de convertir al mundo y quizá el mundo te convierte.

*Afectos.*—Os ruego, oh Señor mío Jesucristo, que embargue toda mi alma la dulce y abrasadora fuerza de vuestro amor, á fin de que muera de amor por vos, del mismo modo que vos os dignásteis morir de amor por mí.

(*San Francisco de Sales.*)

¡Oh Esposo mío! ¿Cuándo me llamaréis á vuestro lado?

(*San Pedro de Alcántara.*)

## Jesús en el Santísimo Sacramento

NOS ENSEÑA EL CELO

### Que debemos tener por nuestra salvación.

El Pan de Dios es el que ha descendido del cielo y da la vida al mundo.

(JOAN. 6.)

*PRIMER PRELUDIO.*—*Prosternado á los piés de Jesucristo, figúrate á este divino Maestro sobre el trono de su amor, enseñándote con su ejemplo las cualidades de un perfecto obrero evangélico que debe estar lleno de la vida y del espíritu de Dios, que puede vivificar á los otros y animarlos á la perfección.*

*SEGUNDO PRELUDIO.*—*Pédele un rayo de su ardiente caridad para que puedas encender en los otros este fuego sagrado; ruégale que renueve en tí el espíritu de celo y de amor, que quizá haya perdido en tí su vigor.*

*Punto primero.*—El celo de Jesús es ardiente y puro. Es el que le hace descender todos los días del cielo á la tierra, para trabajar por la salud de los hombres. Si encuentra sus delicias en su compañía no es por los homenajes que recibe, sino por la estima que hace de las almas, á fin de darles la vida, y hacerles encontrar la salvación en la obediencia de su Espíritu. Por eso se halla en la Eucaristía como un himno divino que atrae, como el carbón encendido del profeta que purifica, como la semilla de una vida divina, y, en fin, como el



sello de la perfección que se aplica íntimamente al alma para imprimirle la imagen de su santidad.

Tal debe ser aquel que desee hacer bien á sus prójimos, según el verdadero espíritu de Jesús. Debe estimar mucho las almas, preferir la salvación de éstas á cualquiera otra consideración de placer, de honra, de reposo, y de cualquier otro interés. Si tiene el dón de ganar los corazones no debe emplearlo para conquistarlos en beneficio propio, sino para llevarlos á Dios; si los busca no es para que alcancen reputación, sino para llevarlos á la perfección; si conversa con las gentes del mundo, no es para pasar el tiempo agradablemente, sino para conducir las á la bienaventurada eternidad.

Piensa si tales son tus deseos, tu espíritu y tus pensamientos. ¿Cuántas almas has ganado desde que sirves á Dios? ¡Cuántas han perecido que con más animoso celo hubieras podido salvar!

*Punto segundo.*—El celo de Jesús es obediente. Aunque tiene una pasión tan fuerte y tan pura por la salvación de las almas, no viene, sin embargo, á nosotros, sino con admirable sumisión. Obedece no sólo á su Padre, sino por su amor, al último y al más vil de todos los hombres, con tal que tenga el carácter y el poder sacerdotal. Obedece con tanta constancia que diez y nueve siglos no han podido debilitar su permanencia, y con tanta resignación, que después de haber descendido al altar, allí permanece hasta que le llevan á la boca de aquel que le recibe, por deseoso que esté de entrar á su corazón y de darle el ósculo de la paz.

Tal debe ser la disposición de aquel que obre según el verdadero espíritu de Jesús. Cualquier movimiento que sienta para procurar la salvación de

las almas, debe tener por principio la dependencia: de la mano de Dios y de la boca de sus superiores debe recibir todos los círculos de su actividad. Su propia elección le sería funesta é inútil para el prójimo. Debe estar presto á permanecer toda su vida oculto, cualquiera que sea el talento que tenga; y pronto á volar con valor infatigable, á donde la obediencia le envíe.

¿De este modo has procurado dirigir tu celo? ¿Te sientes indiferente para hacer cualquiera cosa que el Señor te pida? ¿Te abandonas plenamente á las disposiciones de su Providencia?

*Punto tercero.*—El celo de Jesús es universal. Se hace todo para todos, sin distinción de nacimiento, de rango, de condición y de talentos. Es la fuerza de los débiles, el consuelo de los afligidos, el consejero y la luz de los sencillos; ni aun los pecadores enemigos de El son rechazados: si no pueden recibirle en este estado, pueden al menos elevar á El sus plegarias. Calma y apacigua la cólera de su Padre, intercediendo por ellos.

Tal debe ser el deber de un obrero evangélico: mirar las almas, y no la condición de los hombres; no ver en ellos más que á Jesucristo: tener tanto ardor en ayudar á los pobres como á los ricos; y si es permitido tener alguna preferencia esta debe ser para los pequeñuelos, acordándose de que Nuestro Señor les atestiguaba más interés y que á menudo encontraba en ellos más fidelidad y más amor. Haz aquí una seria reflexión sobre el pasado. Examina las faltas que hayas cometido con respecto á tus prójimos; ve cuáles son las raíces para cortarlas y determina corregirte y renovar en tí el espíritu de Jesucristo.



## Oración á la Virgen Inmaculada.

¡Oh María, oh Virgen por excelencia, siempre pura, siempre inmaculada! ¡Oh Madre de mi Dios! tú eres el consuelo de los afligidos, el refugio de los pecadores, la esperanza de los justos, oh Reina de los ángeles. Yo quiero consagrarme enteramente á tu servicio como á Reina del cielo y de la tierra, como á Madre de la misericordia; te suplico te dignes recibirme bajo tu protección, á fin de que me obtengas junto con el verdadero amor de Jesús, las gracias y las misericordias de tu divino Hijo en el Sacramento de su amor.

### Consagración al Sr. S. José en el Corazón de Jesús.

Después del Corazón purísimo de María, ningún corazón ha amado al Corazón de Jesús con más ardor y más ternura que el tuyo: le plugo apellidarte su padre y no quiere rehusarte nada.

Me pongo bajo tu protección, ¡oh glorioso Patriarca Señor San José! Te ofrezco y consagro mi cuerpo y mi alma, mi entendimiento y sus pensamientos, mi corazón y sus deseos. Dirige á la mayor gloria de tu Hijo todo lo que haga ó sufra en este día. Alcánzame el ser recogido en la oración, constante en el trabajo, humilde en la prosperidad y sosténme en los contratiempos.



RE

AS

SAC

AD

SI

Bl  
Re  
C.

00